

cielo y huyen los demonios al abismo! ¡Nombre efficacísimo, que ha mudado y cambiado el de nuestra madre Eva, deshaciendo la obra que ella ejecutó! Yo os alabo y glorifico, y con la mayor confianza os invoco. Sí, María; concededme que este vuestro nombre, como precioso aceite, me ilumine, conforte, sane y regocije en esta vida y me conduzca hasta la eterna gloria.

Punto 3.º Invocación del nombre de María.—Considera en este punto cómo te conviene invocar con frecuencia el nombre de María. Si es propio de un hijo invocar y llamar á su madre, cuando se halla en algún peligro; si el enfermo llama al médico, cuando se siente sorprendido por algún accidente; si el ciego busca quien le dé la mano para preservarse de caer en alguna hoyita, tú, hijo de María, asaltado de tantos enemigos y puesto en medio de tales escollos, enfermo, con tantas dolencias y ciego, has de invocar á menudo este dulce nombre. Pondera cómo en todos los siglos han solido los cristianos unir el nombre de María con el de Jesús, creyendo razonablemente que no debían separarse los nombres de Aquellos que estuvieron inseparablemente unidos durante su vida mortal, y que contribuyeron eficazmente á la salvación del mundo, aunque de un modo distinto. ¡Feliz tú, si, imitando á tus padres en la fe, te acostumbras á invocar el santísimo nombre de María, mientras vives sobre la tierra! Este nombre será tu más poderoso apoyo en vida, y en la hora de tu muerte te llenará de dulce consuelo. En aquel trance espantoso no hay arma tan poderosa para vencer al demonio, ni medicina más eficaz para combatir los temores exagerados de eterna condenación que la invocación devota del nombre de María. Por esto la Iglesia exhorta á sus ministros que exciten á ella á los moribundos á quienes asistan, ofreciendo abundantes indulgencias, no sólo á los que con los labios lo invoquen, sino también á los que, no pudiendo de este modo, lo verifiquen de deseo y con el corazón. ¡Oh María! ¡Dichoso el que sin cesar os invoca en vida y en la hora de su muerte! Como tierna Madre, no dejaréis de escucharle, de atender á sus súplicas, y despachar favorablemente sus peticiones. ¡Oh alma devota! Invoca á esta dulce Madre, y Ella te oirá, diciendo al instante: «Aquí estoy para favorecerte». ¿Cómo lo has hecho hasta ahora? ¿Qué te conviene practicar en lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán excelente y cuán poderoso es el nombre de María, y cuán eficaz su invocación en vida y en la hora de la muerte! Las significaciones más expresivas y halagüeñas están encerradas en él. Decir *MARÍA*, es decir *Estrella del mar*, que guía á los que van extraviados por el mundo; *Señora*, que tiene absoluto dominio sobre todas las cosas; *Iuminada é iluminadora*, que despide vivísimos rayos de verdad; *Mar amargo*, inmenso por las gracias que posee, por los dolores que sufre y por los beneficios que dispensa. Decir *MARÍA*, es

nombrar á la criatura más poderosa que hay en el cielo y en la tierra, á Aquella que vino á reparar el daño ocasionado por Eva, á Aquella ante la cual se inclinan los cielos, se postra la tierra y tiemblan los infiernos. ¡Oh María! El cristiano que no invoca este santo nombre, ó ha perdido la fe, ó es un loco ó un criminal. Es un mal hijo que no quiere acordarse del amor que le profesa la Madre más tierna; es un insensato que no se interesa por su eterna salvación; es un infiel que no reconoce ni admite el poder y el tesoro de protección que en él se encierra. ¿Serás tú de éstos? ¿Invocarás del modo debido el nombre de María? ¿Cómo lo hiciste hasta hoy? ¿Qué propósitos debes hacer para mejorarte? Hazlos eficaces, pide la gracia para cumplirlos, y ruega también para que la devoción al nombre de María se aumente, y con este aumento vengan al mundo las bendiciones del cielo.

5.ª—PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º Llamada por Dios, consagróse la Virgen á su divino servicio en el templo.

PRELUDIO 2.º Representémonos á los padres de María presentando á su hija en el templo.

PRELUDIO 3.º Pidamos docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

Punto 1.º Dios llama á la Virgen al retiro del templo.—Considera cómo, siendo la Virgen de poca edad, á lo que se cree de sólo tres años, por inspiración de Dios, fué presentada al templo por sus padres, para que se dedicase y ocupase allí en el divino servicio con otras doncellas que profesaban lo mismo. Reflexiona que no se movió á abandonar el mundo por librarse de los trabajos y penalidades, ni por arrojar de sí la carga de la obediencia á sus queridos padres, ni por otro bajo motivo. La majestad de Dios fué la que escogió á esta Niña bienaventurada, y la inspiró este recogimiento en el templo, mostrando su providencia paternal con Ella en sacarla del bullicio y tráfigo del mundo y traerla á su casa y templo, porque había de ser casa donde Él encarnase y templo vivo donde viviese. Con grande amor la diría al corazón aquellas palabras del salmo *: «Oye, hija, y ve: inclina tu oreja y olvídate de tu pueblo, y de la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura». Oyó la Virgen esta voz é inspiración de Dios: vió la merced inmensa que en esto le hacía; inclinó su oreja á obedecer y cumplir con presteza lo que la mandaba; olvidóse totalmente de su pueblo, y renunció á la casa de su padre terreno, por dar gusto al Padre celestial, que la llamó hija; y fué tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de los cielos y tierra se aficionó á Ella, y

* Psalm. XLIV, 11.

se gozó de haberla escogido para ser su madre. Mira cuán gran merced hace Dios á los que saca de los peligros y ocasiones del mundo, y cuán justo es que, si tú has sentido la inspiración y voz de Dios que te llama á una vida más perfecta, obedezcas á este llamamiento, el cual es indicio claro que Dios te ama como hijo muy querido, porque te saca, como á Abraham, del fuego de los caldeos, y como á Lot, del incendio de Sodoma. ¡Oh Dios mío, que por sola vuestra bondad y misericordia, y por el deseo que tenéis de hacerme bien, me habéis arrancado de los peligros del mundo; asistidme con vuestra gracia, para que nunca vuelva atrás del camino emprendido, haciéndome indigno de vuestros singulares favores! ¡Oh alma religiosa! ¿Comprendes la gracia que has recibido con la vocación? ¿Cómo has correspondido á ella?

Punto 2.º Devoción de los padres de María al ofrecer su Hija.—Considera la admirable y edificante devoción que san Joaquín y santa Ana, padres de la Virgen, mostraron en esta ocasión. El sacrificio que el Señor les exigía no era ciertamente pequeño. No les pedía que se desprendiesen de sus intereses, ni de sus comodidades y regalos, ni de su salud y bienestar. Otra cosa deseaba de ellos inmensamente más costosa y dolorosa: el desprendimiento y la entrega de aquella Hija que habían alcanzado á costa de sacrificios y oraciones, y después de haberla deseado por muchos años; de aquella Hija que, después de Dios, era toda su felicidad y alegría, en la que habían cifrado sus más halagüeñas esperanzas. Sin embargo, luego que conocieron la voluntad del Señor, no sólo no estorbaron los buenos deseos de su Hija, sino que la ganaron por mano, y, movidos por inspiración del mismo Dios, le ofrecieron el fruto único de su vientre, volviéndole lo que les había dado, teniéndose por dichosos de que Dios se sirviese de su Hija, y privándose de Ella por dársela á Él. Lo cual harían no con menor espíritu que Ana¹, madre de Samuel, cuando ofreció á este hijo á Dios, porque sabían cuán agradable le sería esta ofrenda. Aprende de estos fervorosos consortes á ofrecer á Dios con espíritu y fervor á la hija única y más querida de tu alma, que es la libertad, y la primera de sus aficiones, que es el amor, con determinación de no querer más de lo que Él quisiere, y amar solamente lo que Él amare, ofreciéndote á darle cualquiera cosa tuya que te pidiere. ¿Qué te pide Dios en la actualidad? ¿Qué sacrificio desea de ti? ¿Cómo te portas? ¡Oh Dios bondadoso, que me habéis prometido darme cuanto os pida, diciéndome: «Pídeme, y recibirás»! No quiero yo ser tan ingrato que rehuse daros lo que Vos me pidáis. Mi corazón con todos sus afectos, mi alma con todas sus potencias, mi cuerpo con sus sentidos, todo cuanto soy, tengo y puedo, pongo en

¹ 1 Reg., 1, 28.

vuestras manos. Haced de mí lo que os plazca, que mi único deseo es cumplir el vuestro por toda la eternidad.

Punto 3.º Devoción de la Virgen en esta ocasión.—En este punto considera la devoción que mostró María en su presentación. Porque en diciéndole sus padres que la querían llevar al templo, se llenó de alegría, diciendo aquello de David¹: «Me he alegrado por las cosas que me han dicho; porque tengo de ir luego á la casa del Señor». Mas, contempla cómo, llegando al templo, comenzó á subir sus quince gradas con gran fervor y espíritu, proponiendo de subir por todos los grados de la virtud hasta llegar á lo supremo de la perfección, cumpliendo lo que dijo David²: «Bienaventurado el varón á quien Tú ayudes, el cual trazó subidas y crecimientos dentro de su corazón en este valle de lágrimas, y en el lugar que para esto escogió: subirá de virtud en virtud, hasta ver al Dios de los dioses en Sion». ¡Qué propósitos tan fervorosos haría la Virgen dentro de su Corazón, y cuán bien trazaría los crecimientos de virtud que anhelaba realizar en el lugar santo que había escogido para su morada! Pondera, por fin, cómo, habiendo subido al templo, postrada en tierra, adoró á la divina Majestad, y se presentó y ofreció á su perpetuo servicio, porque su intención no fué ofrecerse por un año ó por diez, como las demás doncellas, sino para siempre, con propósito, cuanto era de su parte, de servirle toda la vida en su santo templo. ¡Oh! ¡Cómo se agradaría Dios de esta ofrenda! ¡Con qué gusto la aceptaría, y qué retorno de gracias y dones la volvería por ella! Diría la Virgen: Veisme aquí, Señor; vengo á vuestra casa para ser perpetua esclava vuestra; recibidme en vuestro servicio, porque en serviros pongo toda mi gloria. Y el Señor la respondería dentro de su corazón³: Ven, Esposa mía; entra en mi huerto, porque quiero poner en ti mi trono: tú serás el sol donde asiente mi morada, para salir de ella como esposo de su tálamo. ¿Ves, ¡oh alma!, la recompensa que Dios da á María? ¿Pretendes alcanzarla como Ella? Ofrecete á servirle como perpetuo esclavo, con determinación de nunca apartarte de Él.

Epílogo y coloquios. ¡Qué gracia tan singular y excelente dispensó el Señor á María cuando apenas contaba más que tres años! Antes que conociese los peligros del mundo, la saca de él para colocarla en el puerto seguro de su santo templo. ¡Oh bondad inmensa de Dios! No sólo á María, su hija muy amada, sino á otras muchas almas dispensa el Señor esta misma gracia. Tal vez tú eres uno de estos afortunados. Quizá también te ha librado, como á Abraham, del fuego de los caldeos, y como á los israelitas de la tiranía del Faraón del mundo. ¿Has correspondido debidamente? Los piadosos padres de la Virgen, luego que conocen la voluntad de Dios, que les exige el sacrificio de la joya

¹ Psalm. cxxi, 1. — ² Psalm. lxxxiii, 6. — ³ Cant., v, 1.

más preciosa y de la prenda más querida de su corazón, no vacilan, se apresuran á presentarla al templo: hacen al Señor la ofrenda más rica que podían hacerle. ¡Cómo condenan con su proceder la frialdad, escasez y mezquindad de muchos cristianos, los cuales, recibiendo continuamente beneficios de Dios, se resisten á oír su voz, hacen el sordo á sus inspiraciones, cuando exige de ellos alguna privación ó sacrificio, aunque de poca monta! ¿Imitarás tú á estos ingratos? ¿No tomarás por modelo de tu ofrenda á María? Mirala: se presenta al templo puntual, se ofrece generosa, se entrega al perpetuo servicio del Señor, con propósito, en cuanto pueda, de jamás separarse de su casa. ¿Qué exige Dios de ti? Piénsalo, haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por las necesidades y fines recomendados.

6.^a—VIDA QUE HIZO LA VIRGEN EN EL TEMPLO.

PRELUDIO 1.^o María en el templo crecía en virtud y santidad, ocupándose en ejercicios piadosos y en las obras de manos que la encargaban.

PRELUDIO 2.^o Representate á María, ya orando, ya trabajando, y siempre admirando á todos con su virtud.

PRELUDIO 3.^o Pide la gracia de saber imitarla.

Punto 1.^o *María crecía en virtud y santidad.*—Considera en este punto la vida excelentísima de María en el templo. Al modo que iba creciendo en edad, crecía también en el espíritu delante de Dios y de los hombres; y, como dice san Ambrosio, cada paso del cuerpo acompañaba con ejercicio y aumento de virtud, creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto día¹, porque el Espíritu Santo la solicitaba con sus inspiraciones, y Ella cooperaba con todas las fuerzas que tenía. Pondera, sobre todo, la excelencia de sus obras, que se descubría principalmente en cuatro cosas señaladas, porque con cada una de ellas crecía en la caridad y santidad, aumentando y multiplicando sus méritos en cada instante: todas eran obras llenas con la intención y plenitud de perfección que podía, según sus fuerzas: en cada obra usaba de gran prudencia y discreción, con singular constancia, hasta llevarla á cabo: en fin, con cada una mezclaba mucha variedad de afectos y virtudes, para crecer juntamente en todas. Los ángeles, como admirados de tantas excelencias, decían²: «¿Quién es ésta que camina como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de muchos escuadrones concertados?» ¿Quién es esta Niña que camina de virtud en virtud, creciendo como la luz de la mañana, sin parar ni volver atrás? ¿Hermosa como la luna llena, con plenitud de gracia, sin menguar en ellas? ¿Escogida como el sol, sin

¹ Prov., iv, 18. — ² Cant., vi, 9.

haber en la tierra otra que la iguale? Y ¿quién es esta que, siendo doncella flaca en la naturaleza, está firmísima en la gracia, por tener dentro de sí el ejército de todas las virtudes, concertadas con el orden de la invencible caridad? Esto decían los ángeles con afectos de admiración; y Dios se regalaba en ver su fervor, y los hombres que la miraban se edificaban de ver tanta santidad en tan tierna edad. ¡Oh Niña dulcísima! Gózome que con vuestra santidad causéis tal admiración á los ángeles, alegréis al Señor que os ha criado, y edificuéis á cuantos os contemplan. Yo quisiera seguir vuestros pasos, imitándoos en la práctica de las virtudes que os hacen tan admirable; mas, quedo confuso y avergonzado de la distancia inmensa á que me hallo, y os pido me auxiliéis para que os pueda seguir más de cerca, y participar con mayor abundancia de los favores que el Señor os ha concedido, ¡Oh alma mía! Piensa cómo debes portarte en las obras que haces para imitar á María; mira si en la intención, modo, constancia y prudencia con que las ejecutas, tomas por modelo á esta Señora.

Punto 2.^o *Oración y contemplación de María.*—Considera cómo, estando en el templo, gastaba María gran parte del día en subir y bajar por aquella escala mística de Jacob¹, que llegaba desde la tierra hasta el cielo, en cuya cumbre estaba Dios, y cuyos escalones, según san Bernardo, son lección, meditación, oración y contemplación. Un rato del día gastaba en la lección de las sagradas Escrituras con grande consuelo de su alma, abriéndola Dios el sentido, para que las entendiese y penetrase. De aquí subía á la meditación, confiriendo consigo misma lo que había leído, y buscando nuevas verdades que ilustraban su alma, y la encendían con el fuego del amor y devoción. De aquí subía otro rato por el escalón de la oración, pidiendo fervorosamente á Dios los dones de su gracia, no solamente para sí misma, sino para sus compañeras y para todo el pueblo. Últimamente, subía el escalón de la contemplación, donde se detenía mucho tiempo, uniendo su alma con Dios, de quien recibía tanta suavidad y dulzura y tan extraordinaria abundancia de dones celestiales, que ninguno lo puede saber, sino Dios que se los daba y Ella que los recibía, gozando de aquel maná escondido, cuyo sabor ninguno alcanza, sino es quien le recibe². En estos ejercicios visitábanla á menudo los ángeles, que andan por esta escalera, consolando á los que suben por ella, y mucho más á esta Virgen, cuya pureza era mayor que la suya, y viéndola subir decían admirados aquello de los Cantares³: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varica de humo oloroso, salido de mirra é incienso y de todo género de polvos aromáticos?» ¿Quién es esta Niña que vive en el desierto de este mundo y en la soledad de este templo,

¹ Gen., xxviii, 12. — ² Apoc., ii, 17. — ³ Cant., iii, 6.

y sube, no como vara, sino como varica pequeña y humilde en sus ojos, pero olorosisima y graciosísima en los de Dios, en los cuales siempre va creciendo y subiendo con la mirra de la mortificación y el incienso de la oración, y con el ejercicio continuo de todas las virtudes? ¡Oh Virgen benditísima, que, subiendo por la misteriosa escala de Jacob, os vais aproximando al Señor, que está en su cumbre, hasta uniros con Él por amor! Enseñadme á seguiros en este camino, gastando parte de mis días en los ejercicios santos, que son como las gradas de esta escalera, hasta que pueda ver á mi Dios y á Vos en la gloria. ¿Deseamos nosotros de veras estas gracias? ¿Cómo las hemos de alcanzar?

Punto 3.º Trabajo manual de María.—Considera cómo María, en bajando esta mística y deliciosa escalera, se ejercitaba en obras de manos para servicio del templo y en provecho de sus compañeras. Sabía muy bien que el Señor impuso al hombre, después del pecado, la ley del trabajo, mandándole que buscara el pan con el sudor de su rostro¹, y que, por el mismo trabajo, los hombres se han de defender de la ociosidad y han de prevenir las tentaciones y asaltos del enemigo, y que quien no trabaja no tiene derecho á comer, según dice el Apóstol². Y, como en todo debía Ella ser modelo, según los designios del Señor, por esto la inspiraba grande asiduidad á las mismas obras de manos. Mas pondera, en particular, el modo edificante que guardaría esta Virgen en estos ejercicios exteriores. Porque, como dice san Ambrosio, Ella era sumamente aplicada á las obras que hacía, poniendo todo su cuidado en hacerlas con la mayor perfección que podía: no se derramaba en conversaciones inútiles que la distrajesen de su intento, y buscaba siempre el agradar, no á los hombres, sino á Dios, á quien tenía en su memoria, y era dueño de todos sus pensamientos; por fin, con sus obras exteriores mezclaba siempre la oración, por lo cual de Ella se dice en los Cantares³ que sus vestiduras solían á incienso. ¡Oh Virgen Soberana, vara que nacisteis de la raíz de Jesé y subisteis á vuestro Amado como varica y pebete muy oloroso! Alcanzadme que sea yo también pequeño en la humildad, y que, habiendo subido con Vos por la escalera de la oración, baje igualmente á ejercitar las obras de mortificación para conmigo y de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes, y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos. Y tú, alma piadosa, ¿deseas imitar á tu Madre? ¿Cómo te ejercitas en las obras exteriores? ¿Guardas en ellas la atención, el recogimiento é intención que María?

Epílogo y coloquios. ¡Qué modelo tan perfecto y acabado para el religioso y para todas las almas piadosas en general es María, durante su permanencia en el templo! Como la luz del

¹ Gen., III, 19. — ² II Thes., III, 10. — ³ Cant., IV, 11.

sol va creciendo paulatinamente, y su calor va aumentando hasta llegar al perfecto día, así María crece, sube y se perfecciona. Sus obras son todas llenas con toda plenitud; cada una es un nuevo mérito y una nueva perla añadida á su corona; en cada una de ellas, ni la intención puede ser más recta, ni la perfección más acabada, ni la discreción más perfecta, ni las virtudes que la acompañan más escogidas. Y ¿qué podrá decirse de la oración y demás ejercicios espirituales de esta benditísima Niña? Ella no dejaba de subir la mística escalera de Jacob, ejercitándose de continuo en la lección, meditación, oración y contemplación, que son los escalones de ella. Los ángeles la contemplan admirados, Dios la ve gozoso, y los hombres que la miran quedan edificadas de su santidad. ¡Oh, si tú imitases á esta diligente Virgen, creciendo en virtud, ocupándote en los ejercicios santos y no descuidando las obras exteriores á que estás obligado! Da una mirada á toda la conducta que observas, y confúndete de hallarte tan distante de tu dulce Madre; pero mira al propio tiempo qué debes corregir, enmendar, mejorar y perfeccionar. Forma propósitos eficaces y prácticos. Pide la gracia que necesites para su cumplimiento, y ruega fervorosamente para ti y para los demás.

7.ª MARÍA CONSAGRA SU VIRGINIDAD Á DIOS.

PRELUDIO 1.º María en el templo consagró á Dios su virginidad.

PRELUDIO 2.º Representate á María ofreciendo á Dios su purísimo Corazón.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar en lo posible la pureza de la Virgen.

Punto 1.º María fué la primera mujer que hizo este voto.—Considera cómo, morando la Virgen Santísima en el templo, según piadosamente se cree, hizo una ofrenda á Dios nuestro Señor muy nueva, pero muy agradable, que fué el voto de perpetua virginidad, ofreciéndole por especial inspiración del Espíritu Santo¹ y con extraordinaria devoción. Reflexiona cómo María no se movió á hacer este obsequio al Señor por imitar á otras ilustres santas que antes que Ella se hubiesen ligado con Él; era éste un sacrificio completamente ignorado y desconocido por las mujeres de la antigua ley, que consideraban como una infamia el carecer de hijos á quienes pudiese haber alguna parte entre los ascendientes del Mesías. La grandeza del amor que profesaba á Dios fué lo único que la movió á desear entregarle todo su Corazón y tomarle por esposo, ocupándose totalmente en pensar en Él y en darle gusto, sin dividirse en otras cosas, como se dividen las casadas, según dice san Pablo². No ignoraba María que, aunque la virginidad es siempre una flor hermosísima

¹ S. Thom. — ² I Cor., VII, 34.